PAGINA DOMINICAL

Epistola del Domingo

Domingo XX después de Pentecostés. Epist. á los Efes. V, 15—21.

Y así mirad, hermanos, que andeis con gran circunspección, no como necios,

Sino como prudentes, recobrando *en cierto modo* el tiempo *perdido*, porque los dias *de nuestra vida* son malos.

Por tanto, no seáis indiscretos *é inconsiderados*, sino atentos sobre cuál es la voluntad de Dios.

Ni os entregueis con exceso al vino, fomento de la lujuria, sino llenaos del Espíritu Santo,

Hablando entre vosotros *y entreteniéndose* con salmos, y con himnos, y canciones espirituales, cantando y loando al Señor en vuestros corazones.

Dando siempre gracias por todo á Dios Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo,

Subordinados unos á otros por el *santo* temor de Cristo.

REFLEXIONES

Difícilmente podrá encontrarse una enseñanza más importante y más práctica que la expresada en la Epístola de este dia. Acababa el grande Apóstol de advertir á los cristianos que por razón de este título son *hijos de la luz*, con obligación de tomar por regla de todas sus acciones *la voluntad de Dios*, y de lucir en el mundo con su doctrina y ejemplos, para dar gloria al Padre celestial y salvar sus ánimas pecadoras; mas conociendo al mismo tiempo la fragilidad de la naturaleza humana, y que muchos suelen vivir como adormecidos en sus pecados habituales, levanta su enérgica voz y les dice: «*Despierta, oh pecador, tú que duermes en las parálisis tipicas de tus pecados; levanta de entre los muertos* (espirituales) *con tus obras buenas, y Cristo, que es luz del mundo y sol de justicia te iluminará.*» Y á continuación, como consecuencia práctica, dice á los de Efeso estas palabras de nuestra Epístola:

«*Hermanos: Mirad que andéis con mucha cautela, no como necios sino como sabios.*» Lo cual fué como decirles: «Lo principal en la vida cristiana es vivir con grande vigilancia, no como los necios é imprudentes del mundo, sino como hombres iluminados con la luz y sabiduría de Cristo.»

Sed prudentes, porque la prudencia es una virtud que influye en todas las demás, y las regula y las da su sus verdadera perfección. Es una virtud que modera el celo, prescribe límites al fervor, arregla la caridad y pone cada cosa en el lugar que la corresponde. ¡Hermosa virtud!

Mas aquí es mucho de notar que el Apóstol distingue dos clases de hombres: unos que obran como insensatos, y otros como sabios. Unos que obran con prudencia mundana, y otros con prudencia cristiana: unos que sólo miran a los goces materiales de la tierra, otros que todo lo refieren á las delicias espirituales del cielo; y esta división de la prudencia la determina bien el mismo Apóstol, por aquellas otras palabras: «*La prudencia de la carne es muerte, mas la prudencia del espíritu es vida y paz; porque la sabiduría de la carne es enemiga de Dios, puesto que no está sujeta á su ley divina.*» Son, pues, dos prudencias contrarias entre sí, una cristiana y verdadera; otra falsa y mundana, pudiendo esta última definirse de este modo: «Es la prudencia del siglo un vicio que teniendo por principio el amor propio, y por fin el propio interés, arregla las acciones del hombre conforme á sus pasiones para llegar a satisfacerlas.» Comparemos una y otra prudencia, pues no deja de ofrecer interés práctico.

La prudencia cristiana *es virtud*, directora de todas las demás virtudes, encaminándolas a la gloria de Dios y a la salvación nuestra y del prójimo: la prudencia mundana *es vicio*, que se puede llamar director de todos los demás vicios, en cuanto no hay uno que el pecador no emplee para lograr sus designios depravados.

La prudencia cristiana no obra nunca sin haber antes previsto y examinado tres cosas: 1.a *Si es lícito* delante de Dios. 2.a *Si es conveniente* para la eterna salud. 3.a *Si es provechoso* para el acrecentamiento del bien propio y ajeno: la prudencia mundana obra siempre prescindiendo de la Ley de Dios, prescindiendo de la salvación eterna y prescindiendo del bien espiritual suyo y del prójimo.

Aviso

Al terminar el año, nos permitimos exigir de nuestros abonados que no lo hubieren cubierto, el monto de su suscripción.

CHASCARRILLO

—Pero, hombre, ¿no te da vergüenza de ir tan mal vestido teniendo tanto dinero? Da no sé qué el ir contigo por la calle.

—¿Que yo voy muy mal vestido? Sí, hombre, muy mal. Acuérdate de tu padre. Tú eras muy niño cuando murió; pero aún debes tenerlo presente. . . . . ¡Aquel era un hombre elegante!

—¿Ves cómo hablas por hablar? Precisamente no uso más ropa que la que era de él.

Informacion Comercial

(mercado de Bogotá)

Caucho	Cueros	Arroz	Mantera
49	22	6.50	

Algodon desmotado a $24 libra

Administracion Parroquial de Villavo
Datos estadisticos

EN SEPTIEMBRE

Bautizos:

	legit.	nat.		tot.
varones	6	0	:	6
mujeres	6	0	:	6
Totales	12	0	:	12

Comuniones: 4.110
Matrimonios: 14

Defunciones:

	adult.	pár.		tot.
varones	8	2	:	10
mujeres	6	2	:	8
Totales	14	4	:	18

riño, porque con el mal nos encariñamos pronto.

El papá diabólico lo cuidaba paternalmente, porque si el niño se moría antes de estar maduro para la eterna condenación, lo había perdido para siempre.

Mas sucedió que un día tuvo que ausentarse el diablo para fomentar no sé qué tentaciones de un viejo avariento, y entre tanto el chiquelo, que era de la piel del diablo, se escapó; salió por los riscos, despeñóse por ellos, y al volver el diablo encontró al niño muerto, y su alma pequeñita y blanca, con forma infantil todavía, que le cogió por la mano y se lo llevó tras sí diciendo: ¡Ven, papá!

El diablo, sin saber cómo ni por qué, se dejó llevar.

Y caminaron, caminaron; el niño delante con dos alas blancas que de pronto le habían brotado; el diablo detrás, con dos alas negras: las de siempre.

Y los dedos ganchudos del angel malo, en la mano blanca del pequeño ángel.

Y de él tiraba caminando sin esfuerzo, el de las alas blancas; caminando a tropezones, torpemente, desesperadamente, el de las alas negras.

Así llegaron a las puertas del cielo.

La puerta se entreabrió.

Entró el niño, siempre tirando de la mano del diablo, y diciéndole: «Entra, papá.»

Pero cuando entró el niño, la puerta del cielo se cerró de golpe y le cogió los dedos al diablo, estropeándoselos para siempre.

El diablo lanzó un aullido y clavó la zarpa izquierda en la puerta.

Desde entonces quedó el diablo zurdo y será zurdo por los siglos de los siglos.

JOSE ECHECARAY

Imprenta de San José Villavo.